ple insuficiencia de las instituciones". Este es un problema mucho más visible en España, porque aquí todo es más crudo, más descarnado. Aquí vemos que el problema de la democracia es, precisamente, su poca existencia, su falta de afirmación, la falta de seguridad en sí misma. Los encargados de crearla creen escasamente en ella: la rodean de reservas, de limitaciones, de contenciones, de sistemas de seguridad. La quieren "fuerte" y no son capaces de advertir que su fuerza está en otro punto. No la dejan penetrarse del sentido de la libertad. Las mismas figuras de la oposición que creen por esencia en el sentido de las palabras libertad y democracia temen que, si no se la eriza de defensas, si no reducen ellos mismos su busca de absolutos, si no se limitan a la práctica diaria de lo posible, podrá ser destruida. Con todo ello, estamos en la confusión en que estamos, y se ataca a la democracia precisamente por lo que no es, por lo que no se ha conseguido, por lo que no se la deja ser.

HAY que temer, ahora, que todo va a ir a peor. Entramos en una guerra fría mundial. Si se recuerda lo que fue la anterior, se verá que una guerra fría no se reduce a una recrudescencia de la hostilidad del mundo occidental frente a la URSS, o viceversa, sino a un renacimiento del conservadurismo en cada uno de los países comprometidos —por su voluntad o contra ella—. La guerra fría fue un desastre para la consecución de la democracia; su reproducción, ahora, puede volverlo a ser, y en España, especialmente, por la precariedad de la filosofía democrática y por la enorme fuerza de los poderes extragubernamentales. Es algo que los demócratas auténticos deben tener en cuenta, y que debe preocupar seriamente a los partidos implicados, desde el centro hasta la izquierda más definida. De su actitud va a depender en mucho que en los tiempos por venir se conserven solamente las instituciones, que siempre son fáciles de conservar, sino su funcionamiento y su espíritu, que es algo todavía mucho más difícil, como se está viendo ya. ■

LOS CONTEMPORANEOS

EL MIEDO AL MIEDO

LOS adivinos de la gran tribu mundial se inclinan sobre sus bolas de cristal, y ven terrores. Los ven en el tarot y en los astros, en los fondos de las tazas de café turco. Las gentes leen estos pronósticos con escaso interés. Los encuentran, más cumplidos, en los editoriales de sus periódicos. Los ven en los ojos de sus cónyuges, en los de sus hijos o en los de sus padres. Se van al cine, y salta el apocalipsis. Es una época en la que los optimistas se esconden: su situación es profundamente pesimista. Los profetas truenan desde sus atributos. Las amas de casa gimen.

O sea, que todo parece estar como siempre. Un ciudadano de mediana edad ha visto en su vida fuego, sangre, guerra y hambres suficientes como para saber que lo peor que le pueda pasar al futuro es que se parezca al pasado. Es evidente que lo nuclear es inquietante, pero sólo para los débiles de espíritu; a los realistas les da igual ver su familia pasada a bayoneta, o sus testículos electrificados por un verdugo civilizado. La ventaja de la muerte es que es siempre igual.

Parece que lo peor es el miedo; especialmente, el miedo al miedo. Esto es lo que tenemos. La creación del terror ha alcanzado grandes cimas; pero también en esto hay límites, y el terror es siempre igual al terror, y no es muy distinto el que muere de infarto porque ve una sombra fantasmal en el corredor de su vieja casa que el que percibe sobre sí la amenaza de la última guerra. Todo esto parece una forma de optimismo posible. El optimismo posible consiste en aceptar que puede pasar de todo pero que, al final, siempre pasa lo mismo a cada uno. En cuanto al temor porque pueda terminar nuestra civilización es un temor francamente risible. Nuestra civilización es, precisamente, la del terror, la de este ahogo diario.

Olvidemos a los cocos, a los hombres del saco. No son los adivinos de la tribu, sino los profetas que tienen en su puño el rayo. No se deje usted asustar por Carter o por Brejnev, no se deje asustar por Jomeini o por Wojtyla, con sus diseñados infiernos de vieja ópera, y escapará de ellos. Lo que quieren es dominar por el terror. Cuando a los niños se les asusta con el cuento del lobo o del sacamantecas, lo único que se quiere obtener de ellos es que se coman su desagradable sopa o se duerman para no molestar a los que les asustan, a los sacerdotes de la noche y la cuna. Defendámonos de quienes nos quieren asustar para aniñarnos, para hacernos obedientes y disciplinados.

Pero la verdad es que es una época terrorífica. ■

POZUELO